

*César Fredy Pongutá Puerto**

Las dos Españas en *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes

Miguel Delibes se distingue en su país como el creador más constante de la literatura de la posguerra, ello debido a su pretensión por hallar, desde las letras, un verdadero sentido en el vivir de la colectividad española. En su novela *Cinco horas con Mario* (1966), se ratifica, desde la indagación en el mundo de la burguesía, en la búsqueda de una solución auténtica para las dificultades que afronta el pueblo ibérico. Las modificaciones estructurales se aprecian desde el modo como se configura el hecho narrativo a partir de un relato que reduce la duración al tiempo enunciado en el título de la obra, mientras que el espacio de los sucesos se encierra en la improvisada sala de velación del cadáver de Mario. La acción está enmarcada por el mundo interior de la viuda Carmen, quien con su diatriba determina la totalidad de la novela. De dicha arquitectura se servirá Delibes para establecer la antítesis social que desea plasmar en su creación, debido a que Carmen, con su inacabada charla, representará la voz institucional y social de la España oficialista, mientras que el silencio de Mario será el símbolo de la búsqueda de la esencialidad humana.

La fórmula narrativa que permite la dinámica de lo contado está constituida por unas citas bíblicas que inician cada uno de los capítulos numerados, las

* Licenciado en Filosofía y Letras y Especialista en Docencia Universitaria de la Universidad Santo Tomás. Magister en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Catedrático de Semiótica y Teoría de la Comunicación en la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

cuales son los subrayados que en vida Mario hizo de la lectura del libro sagrado y que Carmen lee mientras permanece al lado del féretro. Esta especie de sentencias no sólo estimula la rabia y los reproches de la esposa, sino que le permite al escritor no limitar su novela a la exclusiva presencia de la esposa: Mario cobrará vida a través de los textos de la Biblia. El habla en la novela es la muestra de un lenguaje real, de un tiempo y de una época social, la actitud lingüística le permitirá descubrir al lector que cada personaje es persona porque lo dicho es la reproducción real de la criatura humana:

Sencillamente he poblado mis libros con unos tipos tan definidos desde el punto de vista humano, que harían creíble la más absurda peripecia. Este respeto al personaje no me ha impedido irme adaptando a los nuevos modos narrativos del medio siglo sin adscribirme a modas ni experiencias vanguardistas. Porque lo fundamental para mí ha sido el personaje, un personaje sobre un determinado fondo y con una pasión que lo mueva. (Vilanova, Introducción).

Hemos dichos que los textos bíblicos permiten la descarga comunicativa de Carmen, que en nada corresponden a los temas que las inscripciones bíblicas puedan suscitar, ya que Carmen las pone al servicio de sus reiterados recuerdos y reproches, es decir, las asociaciones por ella realizadas se limitan a reafirmar su estática manera de pensar. Veamos el inicio del capítulo IX cómo uno de los tantos ejemplos que se pueden tomar, teniendo en cuenta que en la novela lo aparecido en bastardilla hace referencia al subrayado de Mario, para distinguirlo del comentario de Carmen:

El reino de los cielos es semejante a un rey... qué rey ni qué niño muerto, una cosa que me he preguntado mil veces, Mario, cariño, si a ti la monarquía no te daba frío ni calor, ¿a santo de qué armaste el trepe que armaste con Josechu Prados? (X-XI).

Notamos como el intento de Carmen por hablarle a Mario y comprenderlo termina en la defensa de sus propios conceptos, que da paso a la ironía que se aprecia a lo largo de la novela por parte del autor, esto porque su defensa se convierte en su propia acusación, ya que ella no es la que piensa, sino que resulta repitiendo lo que los otros han dicho, reflejando su pobreza mental y elevando, como consecuencia, el carácter autónomo de Mario. Los lugares comunes a los que vuelve una y otra vez la viuda y la utilización de la palabra alquilada de los otros, permite la presencia del habla vulgar, de los modismos del hablante común, que viene a determinar la falta de sustancia personal y la estrechez intelectual de Carmen.

Lo anterior justifica el estilo utilizado por Delibes para presentarnos el relato, el cual carece de acciones concretas y presenta de manera continua un diálogo sin respuesta. Esta especie de monólogo interior, generado de la repuesta mecánica a la sentencia bíblica, es lo que permite el contacto directo, sin mediación alguna, entre el lector y el personaje. El recurso estilístico de la novela ha sido seriamente indagado por la crítica en general llegando a importantes conclusiones que nos aclaran concretamente el funcionamiento de la obra:

Monólogo interior o diálogo interior vienen a ser una misma cosa: se trata del protagonista que habla sin un interlocutor. Que esté muerto o no, varía poco, por cuanto no se espera respuesta. Es el hablante quien se desdobla dramáticamente y habla consigo mismo, convirtiendo el yo en una necesaria interpretación de sí mismo (...) El novelista no asoma; es el propio personaje quien coloca ante nuestros ojos su propio pasado o su deambular presente. No se trata de panoramas externos lo que nos muestra, sino las galerías interiores o los paisajes del alma de sí mismo (96).

Así, la charla de Carmen termina por configurarse a partir de esa afanada necesidad por justificarse, intercalando recuerdos sin orden alguno, evocaciones yuxtapuestas, que jamás terminan en un punto y aparte, asociaciones de ideas que sobreponen temas inconexos para justificar la intención de decir algo, así lo afirmado no tenga un contenido preciso. Tomemos tan sólo media página de la novela para apreciar lo expuesto:

Y otra cosa no, pero desde luego Galli Constantino era un tipazo, no veas, nos traía locas a todas, que cuando nos llevaba a Julia y a mí en el Fiat descapotable, todo el mundo era mirarnos. ¡Qué tiempos! Yo lo pasé bien en la guerra, digáis lo que digáis, si era como una fiesta, hijo, yo me acuerdo en el refugio, menuda juerga, con la Espe, una rojaza de espanto, no quieras saber, y papá, con esa sorna que se gasta, que ya le conoces, canta las verdades al lucero del alba, “son los saludos de sus amigos, Espe, no se asuste”, figúrate, por las bombas y ella, la pobrecilla, “¡ay, calle, usted, don Ramón, es una cosa horrible esta guerra!”. Yo la pase de fábula, Mario, para qué te voy a contar, toda la ciudad llena de gente, menudo barullo, que todavía no sé, te lo digo sinceramente, cómo no te planté entonces, que cada vez que venías del frente, con lo de tus hermanos, y eso, en plan de revientafiestas, como pensativo o amargado. ¡Qué sé yo! Pero un buen día, sin venir a cuento, ¡pum!, al bueno de Galli se lo tragó la tierra, claro que eso era muy frecuente (186).

La técnica narrativa del monólogo interior empleado por Delibes en la novela, devela la humanidad de Carmen y de Mario debido a que con ello se da el paso a la interioridad intelectual del personaje. Vamos ahora, comenzando por la viuda, a identificar la personalidad de estos dos seres a partir de lo que

la larga charla nos muestra. Carmen ha sido educada bajo los principios tradicionalistas del catolicismo que imperaron durante el gobierno franquista, enmarcado en el seno de una familia burguesa de provincia. Por ello el lenguaje oficial y convencional es imitado por la esposa como una herencia irrenunciable. Sin embargo, es sintomático el hecho de presentársele al lector de forma obsesiva y caótica, contradiciendo su aparente orden preestablecido.

Ella acepta y repite las creencias del pasado que asume ciegamente y enuncia sin cuestionamiento alguno. Su lenguaje ha sido prestado por las instituciones oficiales, como la iglesia, la familia y la sociedad, dejándola sin ideas propias que caracterizan sobre todo una pereza mental; el pensamiento es anulado porque con lo que desde afuera le es dado es más que suficiente. De ahí que considere que los libros sólo hacen polvo y que los intelectuales con sus ideas libres lo enredan todo:

¿Sabes lo que decía mamá a este respecto? Decía, verás, decía, a una muchacha de bien, le sobra con saber pisar, mirar y sonreír y esas cosas no las enseña el mejor catedrático. ¿Qué te parece? A Julia y a mí nos hacía andar todas las mañanas diez minutos por el pasillo con un librote en la cabeza y decía con mucha guasa, ¿veis como los libros también pueden servir para algo? (65).

Su condición de burguesa se ve aún más afectada por el hecho de contraer matrimonio con un profesor carente de habilidad práctica que le satisfaga sus cortos deseos, de ahí que los 23 años de matrimonio sólo le signifiquen desengaño, frustración e insatisfacción. Carmen defiende valores como la virginidad y la fidelidad, pero su confesión nos deja entrever sus deseos reprimidos; la imagen de Dios corresponde a una institucionalización de sus verdades, donde es nombrado de manera automática. Las orientaciones de vida del cristianismo son por ella manipuladas para adaptarlas al reclamo de sus propios sentimientos, sólo piensa en ella misma y sus reiterativos reproches.

que de los españoles dirán que hemos sido guerreros, pero no nos ha ido tan mal me parece a mí, que no hay país en el mundo que nos llegue a los talones, ya le oyes a papá, “máquinas, no; pero valores espirituales y decencia para exportar”. Y tocante a valores religiosos, tres cuartos de lo mismo, Mario, que somos los más católicos del mundo y los más buenos, que hasta el Papa lo dijo, mira en otros lados, divorcios, adulterios, que no conocen la vergüenza ni por el forro (51).

De esta manera Carmen representa una España anclada en su pasado y en el momento vivido, es esa Nación habitual del franquismo, las necesidades cerradas de esta mujer son la consecuencia directa de aquella España enclaustrada en sus dogmas de fe y autoridad represiva que lleva a sus ciudadanos a vivir

sin ninguna autenticidad. Carmen es, desde esta perspectiva, un arquetipo real de la clase social media de provincia que únicamente encontraba una razón de vida en la apariencia y la vanidad, viviendo de manera sumisa a los parámetros convencionales y a las hipocresías sociales. En este sentido, Carmen, más que una representación consciente de los principios heredados e impuestos por el Régimen, es una víctima más de los ideales deshumanizados y retóricos del gobierno franquista, ya que ha cumplido con los deberes dictados por sus padres sin ninguna recriminación. El crítico Gonzalo Sobejano expone una clara síntesis de los principios que rigen la vida de Carmen, resumidos en el siguiente párrafo:

hay ricos y pobres y siempre los habrá, pues de otro modo sería imposible que los ricos ejercieran la caridad; es bien que cada uno permanezca dentro de su clase social y no se salga de ella; salvaguardia del orden es la autoridad rigurosa; la sabiduría, la ciencia, el arte no sirve para nada si no proporcionan seguridad y felicidad; la única religión digna de fe y de obediencia es la católica; España es el mejor pueblo del mundo; hay que guardar las formas y las apariencias; los hombres han nacido para medrar y las mujeres para casarse; los hijos deben obedecer y callar, etcétera (157).

En contradicción al monólogo incansable de Carmen, se va evidenciando, entre la charla, la personalidad del difunto Mario, el cual es tan callado en vida como en la muerte ya que prefiere la palabra escrita a la hablada, es lector, escritor, reflexivo, su lenguaje mesurado está libre de cualquier institucionalización, pero en la brevedad es vehemente con su crítica hacia el inmovilismo de la sociedad en que vive:

Mario, seamos francos, que yo estaba enseñada a otra clase de vida, que a veces pienso en la cara que pondría la pobre mamá si levantara la cabeza y mejor muerta, como te digo. Habría que oírlo: ¡Una criada con cinco criaturas! “La vida evoluciona, son otros tiempos”, ya, me río yo, son otros tiempos para nosotras, desgraciadas (45).

Me haces gracia con eso que con la verdad por delante se va a todas partes, me río yo, que contigo no hay razones, porque ¿quieres decirme a donde has ido tú, cariño?, coche todo el mundo y tu mujer, a patita, eso, que no tienes ni dónde caerte muerto, ¡válgame Dios!, una cubertería de alpaca a todo tirar, que hasta vergüenza me da al decirlo. ¿Crees tú que eso es vida? (96).

Mario es dueño de los principios que respalda con responsabilidad, persigue la verdad de unos ideales que los llevarán a un futuro humanizado. Dentro del estrecho camino en el que se mueve, lucha por la libertad de expresión y religiosa, para que todos vivan con igualdad de oportunidades, empleando la ciencia y el arte para el beneficio colectivo; por ello Mario no se queda en el

pensamiento puro y abstracto sino que abre los caminos que permitan que los demás sean auténticos, él no solo piensa sino que ayuda a pensar, razón por la que Carmen le recrimina, para ella el castigo es la forma que mantiene y garantiza el orden:

Le pegué una paliza de muerte, créeme, porque si hay algo que me pueda es un niño sin sentimientos, que son seis añitos, ya lo sé, no lo discuto, pero si a los seis años no lo corriges, ¿quieres decirme dónde pueden llegar? Bueno, que tú con tus blanduras, déjale, la vida ya le enseñará lo que es sufrir, estamos buenos, consintiéndoles todo, riéndoles las gracias, que así pasa luego lo que pasa (63).

El hecho de que Mario se muestre a través de la réplica de Carmen, lo convierte a él en un personaje más real y auténtico, ya que su configuración está elaborada a partir de los defectos que Carmen le encuentra. Él es pues, un ser que desde sus limitaciones humanas construye su propia verdad, aplicando unos principios verdaderamente cristianos, defendiendo la igualdad y la libertad, siempre al lado de los vencidos, los humildes, las prostitutas, los obreros, queriendo que la vida interior y colectiva logre desde la humanidad y la justicia organizar su verdadero sentido de existencia. Así es como Mario se abre a la nueva tendencia progresista que la iglesia mundial busca a través del Concilio:

Mira, ahí tienes una cosa de la que deberían ocuparse en el Concilio, que todos serán nombres de santos, no digo que no, pero en vez de salir a gresca diaria y con esas colaciones de que los judíos y protestantes son buenos, que sólo nos faltaba eso... que te reunías los jueves con un grupo de protestantes para rezar juntos, pero sin ir a buscarlo alguien me lo demostrase, aún sintiéndolo mucho, hazte a la idea de que no nos hemos conocido, de que nuestros hijos no volverán a oírme una palabra de ti, antes prefiero, fíjate bien, que piensen que son hijos naturales, que con gusto tragaré ese cáliz, que decirles que su padre era un renegado (76).

Para un sector amplio de la crítica, la distancia mental entre Carmen y Mario simboliza el conflicto entre dos mundos españoles generados luego de la guerra civil, uno demarcado dentro de la ideología franquista con una mirada reduccionista y cerrada hacia las formas de la vida comunitaria, y otra España abierta a los cambios de época con el fin de implementar fundamentales transformaciones en las prácticas cotidianas de todo el pueblo español que lleven a mejorar de forma más humana sus condiciones de vida. Esta contraposición de posturas vivificadas por los protagonistas, no se puede homologar con una intención del autor por exponer una postura ideológica en su relato. En realidad lo que se quiere es superar definitivamente con la confrontación entre

bandos, que tanto han afectado el progreso humano de los españoles, ello está muy claro en el pensamiento de Mario: “Tú decías que monarquía y república, por sí mismas, no significaban gran cosa, que lo importante es lo que hubiera debajo, que a saber qué es lo que quieres decir, pero lo que desde luego te anticipo es que no se pueden comparar” (80-81).

El tipo de persona que representa Carmen, es donde se centra la crítica de Delibes, crítica que adquiere una dimensión dramática al denunciar la incompreensión y distancia comunicativa que padece la sociedad española. La conciencia burguesa de la posguerra, con su actitud equivocada de quedarse estancada en unos principios caducos del pasado histórico, de servirse de la hipocresía, la vanidad y la apariencia para ocultar sus continuos errores en los que cae, con perjudicial incidencia en la paz y justicia de la vida colectiva, es la que sale muy mal librada con el monólogo de Carmen. El recurso técnico de la narración empleado por el autor puede, de igual forma, apreciarse como una respuesta burlona a las ciegas e ingenuas prácticas represivas del régimen oficialista: “Mira por dónde la censura puede llegar a forzar la imaginación y de esta forma permitir que se descubran nuevas fórmulas de expresión” (Vilanova, XXII).

Pero al final, el lector debe permanecer atento para advertir que Delibes no se limita a la sencilla tarea de dar un testimonio del conflicto, sino que se enfrenta a una mirada pesimista para señalar la posibilidad de un cambio cierto que transforme definitivamente las condiciones sociales de España en un futuro, esto porque el esfuerzo de Mario no muere con su cuerpo, ya que sus ideas progresistas encuentran continuidad en la personalidad de su hijo, el cual, en el último segmento de la novela, le reprocha a su madre su exagerada conducta ante la situación, y le advierte que los tiempos cambian y que no se puede seguir dependiendo de unas viejas ideas, porque ellas de por sí no garantizan que sean mejores que otras y ni siquiera absolutamente convenientes:

Hablan a media voz. Del tono de Mario transciende un anhelo de aproximación:

—Hay que escuchar a los demás, mamá, eso quiero decir. ¿No te parece significativo, por ejemplo, que el concepto de lo justo coincidiera siempre sospechosamente con nuestros intereses?

La mirada de Carmen es, por momentos, más roma y desconcertada. Por el contrario, a medida que habla se ensancha la ingenua petulancia de Mario:

—Sencillamente tratamos de abrir las ventanas. En este desdichado país nuestro no se abrían las ventanas desde el día primero de su historia, convéncete (250).

Bibliografía

- Alvar, Miguel (1987). *El mundo novelesco de Miguel Delibes*. Madrid: Gredos.
- Campillo, Antonio (1985). *Adiós al progreso: una meditación sobre la historia*. Barcelona: Anagrama.
- Delibes, Miguel (1996). *Cinco horas con Mario*. Barcelona: Destino.
- _____ (1979). *Un mundo que agoniza*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Guerrero, Obdulia. "Miguel Delibes y su novela *Cinco horas con Mario*". *Cuadernos hispanoamericanos* 210 (Junio 1969).
- Johnson, Ernest. *El Camino, un camino de vida*. Amherst: Universidad de Amherst, s/f.
- Nisbet, Robert (1981). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- Segura, Florencio. "La contracultura de Miguel Delibes". *Razón y fe* 1021 (Septiembre-Octubre 1983): 130-146.
- VV.AA: *Congreso de Literatura Española Contemporánea. Miguel Delibes: el escritor, la obra y el lector*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- Vilanova, Antonio (1996). "Prólogo". *Cinco horas con Mario*. Miguel Delibes, Barcelona: Destino.